

EUROPA – AUTÓNOMOS – INDUSTRIA

El presidente Rajoy y la Ministra Fátima Báñez, preclaros estadistas ambos, acaban de prometer **un millón de empleos** únicamente en España. Lo que no dice ni uno ni otro, es que tipo de empleos, serán casi todos temporales, en precario y de baja cualificación, por ejemplo, camareros y/o albañiles. Para más no da la cosa.

¿Cuántos empleos van a crear Rajoy y su Gobierno en el sector industrial? Prescindiendo del dato, más importante de lo que parece, de que los Gobiernos no crean empleos, lo hacen las empresas, el empleo que dice Rajoy que va a crear no incluye ni uno en la industria. Y sin industria, todo lo demás son cantos de sirena y brindis al sol, porque a la larga estamos condenados a la pobreza cuando no a la miseria, permanente.

¿Se acuerda alguien cuando nuestro país era un potencia industrial en el mundo, tiempos en los que la industria, a través de grandes y pequeñas fábricas de todo tipo, suponían cerca del 30% del empleo?

Uno y pico de cada cuatro ocupados, sí. Porque España, contra toda evidencia paisajística, fue una nación industrializada hasta no hace tanto; en concreto, hasta que esa quimera que llaman *euro* se llevó por delante una tradición productiva que se remontaba a la segunda mitad del siglo XIX.

Porque España, no es que se esté **desindustrializando** a marchas forzadas pese a formar parte del euro, sino por formar parte de él. Es él, el euro, quien ha condenado a nuestra industria.

La divisa común fue alumbrada por los Tecnócratas de Bruselas en esa cosa que llamaron Estrategia de Lisboa y que poco a poco nos va haciendo cada vez más pobres, y a ellos cada vez más ricos.

Recuérdese el hilo argumental de aquella alucinación: La desaparición del riesgo cambiario fruto de la unión monetaria llevaría a que los tipos de interés del Sur, incluida España, se igualasen con los mucho más bajos de Alemania, algo que sí ocurrió. A partir de ahí, llegarían capitales desde el Norte sedientos de rentabilidad. Luego, las inversiones productivas materializadas en un sinfín de sectores punteros. Gracias a ese maná, aumentaría **nuestra productividad nacional, lo que** posibilitaría aumentar los salarios sin por ello alentar la tan temida inflación. Seríamos, por fin, el país moderno, competitivo y con las cuentas exteriores equilibradas que siempre habíamos soñado y alcanzaríamos la convergencia con Europa en términos de renta, eficiencia y valor añadido.

Demasiado bonito para ser verdad. Porque lo que trajo el euro fue un círculo, sí, pero no virtuoso sino vicioso. Bajaron los tipos de interés y llegaron los capitales del Norte. Pero se fueron todos, hasta el último céntimo, a especular en el ladrillo.

Para la economía productiva española, fue el acabóse del empezóse. El exceso de demanda que alimentó la burbuja llevaría a que se disparasen los salarios. El siguiente paso sería la inflación diferencial con el Norte. De ahí a un déficit tan astronómico como insostenible de la balanza por cuenta corriente había un paso. Y se dio, claro. El drama estaba servido. La crisis financiera internacional solo fue el catalizador. España hubiese reventado de todos modos. Era una cuestión de tiempo. ¿Y por qué no fue ni un céntimo, ni uno, a la industria? Pues porque el Euro no hizo de Europa un lugar más homogéneo como nos decían los eurotecnócratas, sino más heterogéneo, como no podría ser de otra manera.

Ocurrió justo lo contrario de cuanto preveía el cuento de la lechera de Lisboa. Y ello por culpa de lo que los economistas llaman “*economías de escala*”. Ocurre que **el tamaño importa. Y mucho.** Ante una mayor demanda fruto de la unificación monetaria, las grandes industrias del Norte

ampliaron su escala de producción, algo que aumentó todavía más su tamaño y, en consecuencia, su productividad diferencial, expulsando así del mercado a los competidores más ineficientes que aún subsistían en el Sur.

En lugar de dispersarse por el territorio comunitario, la industria europea tendió a concentrarse en el espacio de un modo más intenso que antes. Desde aquel entonces, el Norte se reindustrializa y el Sur desmantela sus naves y factorías. Ellos ganan, nosotros perdemos. En el fondo, una simple cuestión técnica. Pero con consecuencias sociales devastadoras. Pero no hay que preocuparse. De la mano de nuestro ínclito Presidente Rajoy (en realidad da igual que sea éste o Zapatero o cualquier otro, no nos engañemos) y de su Ministra Fátima (Bañez), podemos trabajar todos de camareros, eso sí, por turnos, y mientras uno atiende el otro toma un cafelito. Luego nos cambiamos los papeles y seguimos igual. Y venga fútbol... ¿hasta cuándo?

FRANCISCO JAVIER PÉREZ BELLO

ABOGADO EN “KNM ABOGADOS”

**REALIZADOR DE “LA HORA DEL AUTÓNOMO” EN
GESTIONA RADIO.**

**PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN DE AUTÓNOMOS
DE GALICIA.**
